

Argentina: El neoperonismo al relevo

Manuel Lois Méndez*

Cuando Raúl Alfonsín abandonó derrotado y cabizbajo la Casa Rosada después de presentar su renuncia a la presidencia del país, sólo faltaron los tristes acordes del bandolón para rubricar con un tango la dramática situación de la República Argentina.

El actual presidente, el peronista Carlos Saúl Menem, hijo de emigrante sirio y converso al catolicismo luego de haber profesado la fe musulmana; personifica los anhelos de reconstrucción del país a partir de su dinamismo, su inegable carisma, afición a los deportes y sobre todo, por una mentalidad abierta a las corrientes económicas que ganan terreno en todo el mundo. No obstante, la tarea que debe emprender el exgobernador de la provincia de La Rioja presenta múltiples aristas conflictuales.

En primer lugar y gravitando sobre la conciencia nacional, se recuerda el octavo lugar que llegó a ocupar la economía nacional dentro del concierto de las más prósperas del planeta. Hoy, Argentina se ubica en el sitio ochenta y cuatro, tan sólo por encima de Panamá y con ingresos salariales comparables a los devengados en África negra.

El reto económico supone una labor titánica, ya que basta con citar algunos indicadores generales para darse cuenta de la magnitud del deterioro actual. La deuda externa asciende a 60 mil millones de dólares, que sobre una población de 32 mil millones de habitantes representa una carga individual de 1 875 dólares; imposibles de pagar a partir de un índice de pobreza que alcanza a tres millones 218 mil personas en Buenos Aires y que se extiende a nivel nacional sobre nueve millones de marginados.

El costo de la canasta familiar "imprescindible" se calcula en poco más de cien dólares, mientras que el grueso de los salarios oscilan entre 40 y 80 dólares. En los tres últimos años el dólar subió 428 por ciento y el oro 350 por ciento, en tanto que el valor de la

hora de trabajo únicamente amentó 38 por ciento. En forma paralela, se ha presentado una fuerte tendencia a la redistribución regresiva de los ingresos, ya que en 1987 el 50 por ciento estaban concentrados en el 14 por ciento de la población metropolitana, mientras que el año pasado el mismo porcentaje de ingresos fue destinado al 11 por ciento de la población. El crecimiento del Producto Interno Bruto fue negativo en 1.6 por ciento en 1988, resultado de un sector industrial que sin exageraciones, se puede calificar de devastado, su negativa incidencia sobre el tradicional dinamismo del sector servicios y la caída del sector exportador a partir del descenso de los precios internacionales de la carne, maíz, lana y pieles.

La crisis económica ha provocado una creciente emigración, tanto de personas como de capitales, así como los muy publicitados saqueos de supermercados que apresuraron la dimisión del expresidente Alfonsín y la anticipada toma de poder en Menem.

A pesar que el ministro de Economía designado por el peronismo, Miguel Roig, falleció a los pocos días de ejercer funciones, las medidas para el combate de la crisis han tenido continuidad operativa e ideológica ya que el actual ministro; Néstor Rapanelli, fue al igual que Roig, alto directivo del grupo privado Bunge Born, uno de los más poderosos de Argentina.

La privatización de empresas públicas es la táctica que el neoperonismo ha seleccionado para impulsar la rentabilidad, productividad y los impostergables aumentos productivos que exige el control de la hiperinflación que alcanzó en los últimos doce meses un índice de 764 por ciento.

Pudiera parecer contradictorio a primera vista que el gobierno de Menem pretenda cancelar el carácter populista y nacionalista de la economía que instauró Juan Domingo Perón con la creación de las empresas estatales del petróleo, servicio eléctrico,

* Profesor del Centro de Relaciones Internacionales de la FCPyS.

ferrocarriles, compañía de teléfonos y Aerolíneas Argentinas, entre otras de menor importancia, pero el *quid* del asunto se explica a partir de los apremios económicos del corto plazo y las cambiantes relaciones entre las fuerzas sociales y el Estado.

El presidente Menem pretende aglutinar un nuevo bloque de poder con la participación del sector exportador en alianza con el capital financiero y las multinacionales (lo que en Argentina se denomina la Patria Exportadora) como la alternativa capaz de impulsar los negocios sin acceder a los subsidios estatales. La escasez de recursos del Estado impone una política exportadora agresiva que permita el ingreso de divisas al país, al tiempo que se ponen en venta empresas ineficientes y socialmente onerosas como es el caso de ENTEL (Empresa Nacional de Telecomunicaciones) y Aerolíneas Argentinas. Las renovadas fuentes de ingresos son imprescindibles para concretar los planes de asistencia social que se han anunciado y que también son impostergables en atención a la paz social. La Operación Solidaridad prevé la entrega de cupones canjeables por alimentos a 4 millones de ciudadanos pobres a cambio de cuatro horas diarias de trabajo comunitario. A su vez, y de común acuerdo con las 500 empresas nacionales más importantes que contribuirán con 30 millones de dólares para dicha Operación, se pactará una tregua económico-social de cuatro meses, luego de un fuerte reajuste inicial de tarifas de servicios públicos, salarios, precios y tipo de cambio. Como marco de esta política de choque se instaurará un modelo macroeconómico elaborado por el premio Nobel de Economía estadounidense, Lawrence Klein —Plan Cero— que tiene por eje un tipo de cambio notoriamente alto que quedará fijo para todo tipo de transacciones de importaciones y exportaciones. La relación salario-dólar será más favorable al salario a partir de la otorgación a las empresas de créditos blandos con el compromiso de éstas de no trasladar el costo de esos aumentos (salarios) a los precios.

En apretada síntesis puede afirmarse que como en pocas ocasiones en la historia reciente de Argentina, el sector empresarial está llamado a jugar el papel relevante en la reconstrucción de la nación. El gobierno está dispuesto a otorgar las condiciones necesarias para una nueva etapa de acumulación, pero sin descuidar los apremios de las clases populares, por el contrario, las medidas anunciadas se encaminan a lograr la concordia nacional a partir de la difícil, pero posible, integración ciudadana al mundo de los negocios. Desde luego, la tarea no es

sencilla, incluso se podría hablar de un intento inédito en el subcontinente por compaginar el interés privado con las justas exigencias de la población marginada.

El experimento neoperonista despunta, desde ahora, como materia obligada de reflexión y estudio para los científicos sociales. No obstante, su éxito o fracaso dependerá en buena medida de la dinámica que marquen las cuestiones políticas, que son el otro reto mayúsculo que tendrá que resolver el nuevo gobierno a partir de sus complicados antecedentes.

En los últimos cincuenta años, Argentina ha tenido 27 titulares del Poder Ejecutivo. De ellos, 14 han sido de origen militar, ejerciendo el poder durante un total de 28 años; mientras 13 presidentes civiles han gobernado durante 22 años. Entre estos últimos destaca el largo mandato presidencial de nueve años de Juan Domingo Perón (1946-1955) periodo en que se desarrolló el hoy anticuado populismo nacionalista.

La década de los sesenta se vio marcada por la crisis político-económica bajo los gobiernos militares de Levington, A. Lanusse y Videla, con la breve excepción en 1973-1975, en que se sucedieron los mandos civiles de Héctor Cámpora, Lastini, Juan Domingo Perón y María Estela Martínez de Perón.

En los primeros años de los ochenta se impusieron las dictaduras militares de los generales Videla, Viola, Galtieri y Bignone, siendo los dos últimos principales actores en la guerra contra Gran Bretaña por la posesión de las disputadas islas Malvinas.

Correspondió a la voluntad popular el retorno a la vida democrática teniendo en el experimentado político Raúl Alfonsín un paciente e inteligente defensor de la opción civilista.

A Carlos Saúl Menem corresponde la dura tarea de mantener vivo el máximo legado alfonsinista, lo que no es labor fácil a partir no sólo de la obvia explosividad de la crisis económica, sino también debido a la insurgencia latente en algunas confradías militares inconformes.

Sería erróneo y engañoso esperar resultados espectaculares a corto, e incluso mediano plazo, pero es indudable que las experiencias del pasado han servido como punto de referencia para no cometer los mismos errores.

Los tiempos modernos exigen audacia, entrega y convicción en las acciones; cualidades presentes en el presidente Menem, pero sobre todo, en un país que desea fervientemente reverdecer laureles. La Esperanza, el trabajo y la concordia nacional deben ser los baluartes de la nueva era argentina.